

RESISTENCIA, MORALIDAD Y CLASE
Elementos para pensar *lo popular* desde E. P. Thompson

Gonzalo Assusa y Álvaro Andrés Michelli
Universidad Nacional de Córdoba /
Universidad Nacional de Villa María (Argentina)

1. Planteamiento de la cuestión

El abordaje de la cultura popular se configura en una serie de momentos y acercamientos que implican diversas maneras de pensar o estudiar *lo popular*. Algunos de estos momentos se constituyen en torno a rupturas con respecto a maneras de pensar la conducta social de los sectores populares como mero reflejo o mecanismo. En este sentido, un primer quiebre en este abordaje debe orientarse hacia el reconocimiento del carácter propiamente simbólico de las prácticas de los sectores populares. El otorgamiento de entidad cultural a estas prácticas constituye una necesidad fundamental para un programa de investigación sobre la cultura popular.

Muchos de los desarrollos de E. P. Thompson aportan herramientas teórico-metodológicas para introducir, desde la perspectiva de las prácticas de los sectores populares, dos dimensiones de análisis que intentaremos desarrollar en el presente escrito:

- 1) Una concepción de las acciones de los sectores populares que reniega de la explicación naturalista y espasmódica de estas, esforzándose por establecer, claramente, su acervo moral, cultural y político, y recuperando para ello la continuidad de tradiciones que atraviesan distintos momentos de configuración de los sectores populares.
- 2) Una concepción de los procesos materiales y culturales como intrínsecamente complejos y constituidos en la conflictividad, reconociendo no sólo procesos de dominación, sino también el repertorio de prácticas de resistencia y de formas alternativas de la eficacia política de “los de abajo”.

Situado desde la tradición teórica marxista, Thompson recupera la noción de «clase» en un sentido algo heterodoxo, mirado con recelo desde la línea de pensamiento soviético, por un lado, y desde el renovado pensamiento estructuralista de raigambre althusseriana, por otro. Esta recuperación implicó, a la vez, una apuesta política por pensar la diversidad de sucesos de la cultura de los sectores populares a partir de una condición y experiencia común de clase y de situar sus estudios fundamentalmente en la dimensión de las relaciones humanas, de las prácticas y en la materialidad de los procesos.

Recordemos que Thompson desarrolla una serie de categorías en un contexto político signado por la Guerra Fría y por cierto desencantamiento de los sectores intelectuales de izquierda con respecto al proceso soviético (fundamentalmente a partir de la invasión del ejército ruso a Hungría en 1956). Cabe aclarar también que buena parte de las categorías de su pensamiento están orientadas a un momento histórico particular de “lo popular”, vinculado a la formación del capitalismo y a la constitución de la “clase obrera”.

En pos de abordar estos desarrollos, una primera parte del trabajo se orientará a reconstruir las críticas y disputas entre algunas expresiones del denominado “materialismo cultural” y los representantes del estructuralismo marxista althusseriano y sus exponentes en Inglaterra.

En un segundo momento, plantaremos en líneas generales, el uso de la categoría de Clase Social que Thompson hace en sus textos históricos, fundamentalmente en lo referido a la introducción de la noción de *experiencia* como herramienta conceptual para pensar las prácticas y las luchas de clase en el capitalismo en ciernes.

Por último, terminaremos el escrito con algunas reflexiones en torno a los aportes de este autor para abordar la cultura popular en tanto conflicto con el simbolismo dominante, con el objeto de construir una mirada que se centre en la relación de tensión y de ambivalencia en los procesos de lucha y dominación de clase en el capitalismo.

2. Proceso y estructura

Luego de un período de colaboración de Thompson en la revista británica *New Left Review*, la publicación es reorganizada bajo la tutela de Perry Anderson, redireccionamiento que silencia la línea de investigación del primero, en una nueva orientación de tipo estructuralista (1). Los textos de este autor habrían generado, casi inmediatamente, intensos intercambios de ideas y debates al interior de la Nueva Izquierda Política inglesa; mientras tanto, la obra fundamental de Thompson tardaría en consolidar su recepción (2).

El autor formula su crítica a esta nueva orientación de la revista en varios textos, de los cuales sobresale la sistematicidad de *Miseria de la teoría*. Es en torno a este último que estructuraremos la exposición.

En su texto “The peculiarities of the english”, Thompson critica la caracterización que realizan Perry Anderson y Tom Nairn de la impotencia del movimiento obrero en directa vinculación a una “revolución burguesa incompleta”. Este modo de pensar la historia se encontraría en el centro de lo que Thompson critica como una forma de “idealismo burgués, inmovilista y apologético del statu quo” (3). En cierto sentido, uno podría comenzar a comprender la forma de abordaje del autor en contraposición a lo que él entiende como una epistemología estructuralista que reifica el proceso histórico y expulsa de este la acción de los sujetos.

Su forma de abordar las tradiciones político-culturales del movimiento obrero disiente de una conceptualización que tiende a subordinar el devenir histórico a construcciones abstractas tales como “Revolución industrial”, “Revolución burguesa”, etcétera. Sin embargo, la distancia que toma el autor con respecto a estos desarrollos no habilita las lecturas en tono “subjetivista” o “voluntarista” con que frecuentemente se lo ha señalado. Antes bien, Thompson recupera la dimensión empírica y el proceso histórico como forma de pensar la *constitución de las estructuras* y no como simple “desecho de las mismas”.

Esta ruptura en términos teóricos con respecto a la línea de pensamiento de Althusser y su forma de concebir al sujeto y la acción para pensar la historia de las sociedades se ve

plasmada en su estudio sobre la formación de la clase obrera. En su obra, la categoría de clase no se remite exclusivamente a una posición estructural sincrónicamente analizada dentro del modo de producción capitalista. De acuerdo con la formulación de Meiksins Wood:

Thompson no parte de una dualidad teórica que contrapone la estructura a la historia e identifica la explicación estructural de clase con el trazo de ubicaciones de clases objetivas y estáticas y luego reserva el proceso de la formación de clase a una forma aparentemente menor de explicación histórica y empírica. En lugar de eso, tomando en serio los principios del materialismo histórico y su concepción de los procesos históricos materialmente estructurados, trata el proceso de la formación de clase como un proceso histórico forjado por la lógica de las determinaciones materiales (4).

Si bien la definición de “Clase Social” será abordada en el apartado siguiente, esta disputa teórica del autor permite comprender el lugar que en su pensamiento ocupa tanto la dimensión histórica como la acción y la conciencia de los sujetos. Así, podemos reflexionar sobre una de las ideas centrales del pensamiento del autor: “La lucha de clases precede a las clases”. Si bien no corresponde a la terminología estrictamente usada por Thompson, de alguna manera, pensar la categoría de clase –sus instituciones y sus valores– como “proceso y relación” implicaría pensarla como *sedimentación de prácticas* de sujetos que “se comportan de manera clasista” en determinado momento histórico, sin que existan previamente las “formaciones clasistas ya maduras”.

Esto significa que no existe nada como un Modo de Producción-demiurgo que “crea” a las clases de la nada, independientemente de las prácticas, las costumbres, los usos y los valores de los hombres. Esta significación es la que puede haber dado lugar a recuperaciones trotskistas del pensamiento de Thompson en torno a los tópicos de la “autodeterminación” o “autorrealización”. Aun así, entendemos que las formulaciones del autor desautorizan toda comprensión “voluntarista” a partir de que éste nunca deja de pensar en “procesos estructurados”. La diferencia con las miradas mecanicistas es que entiende que la distribución de los sujetos en “situaciones de clase” objetivas es el “principio” y no el “final” del análisis.

Esta reconstrucción de la polémica protagonizada por Anderson-Thompson debería ser completada con la incorporación de elementos críticos formulados por autores situados en posturas estructurales, como Stuart Hall o el mismo Perry Anderson, en pos de una versión más acabada de la disputa teórica. Lo que interesaba en este trabajo era brindar algunas nociones básicas acerca del contexto en el cual Thompson va desarrollando elementos teórico-metodológicos para el estudio de lo popular en el capitalismo y tener alguna noticia del lugar que ocupan en sus desarrollos la investigación histórica y la dimensión práctica. A partir de esto, trabajaremos la noción de “clase”, por medio de la cual el autor piensa determinados fenómenos culturales del siglo XVIII y XIX.

3. Clase, experiencia y conciencia

En el prefacio de su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson presenta de manera condensada muchos de los supuestos que aquí intentamos recuperar: “La” clase:

[...] unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia como la conciencia. [...] Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura (6).

Un primer punto nodal de la definición de clase que va apareciendo en el texto es su carácter *relacional*. Este criterio, llevado al estudio de la cultura de los sectores populares, se resiste a pensar el simbolismo de la clase obrera o del campesinado como un universo totalmente autónomo que luego es “puesto en relación” con la imposición de los valores de la economía política, la cultura oficial, etcétera. Incluso cuando esta relación sea una relación de *conflicto*, son las prácticas de lucha, explotación y resistencia las que constituyen, desde un principio, tanto el simbolismo dominante como el simbolismo dominado. Esta definición relacional del concepto de clase, puede pensarse en dos sentidos: 1) la relación al interior de la clase; y 2) la relación entre clases:

Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas) sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos (7).

Meiksins Wood sostiene que el segundo sentido [del carácter relacional de la clase] es un tipo de relación “directa”, en la medida en que toma cuerpo en las relaciones de producción (patrón-trabajador). Mientras tanto, el primer sentido se constituye en forma de *mediación*. Esto es, a partir de una *experiencia* común: “Ni el proceso de producción en sí mismo, ni el proceso de extracción de excedentes los une de verdad” (8).

Ahora bien, ¿cómo resuelve Thompson teóricamente la explicación histórica de la eficacia de las “presiones estructurales” en el proceso de una formación social clasista? Como venimos anunciando, el autor desarrolla una complejización de la relación dialéctica entre lo que se denomina “ser social” y “conciencia social”.

Para Thompson, no se trata de definir a las clases “en referencia a” la conciencia de clase en vez de a las relaciones de producción, sino más bien de investigar los procesos mediante los cuales las relaciones de producción dan lugar en realidad a las formaciones de clase y a la “disposición a comportarse como clase” (9).

Las condiciones estructurales aquí tenidas en cuenta son las “situaciones de clase” que surgen a partir de la distribución de los sujetos en antagonismos en torno a las relaciones de producción. De acuerdo con Meiksins Wood estas situaciones generan “condiciones de lucha” que, a partir del manejo y la experiencia de los hombres que las vivencian, dan lugar a distintas “formaciones de clase”, a una organización particular del trabajo y a distribuciones, diferenciaciones y especializaciones en el proceso económico. En este sentido, en el estudio del proceso de formación capitalista, Thompson no deja de observar una condición objetiva

fundamental de su devenir: la clara intensificación de la *explotación* (y a su análisis le dedica el capítulo 6 de su libro sobre la clase obrera).

Algo relevante en este punto es la vuelta de tuerca que el autor realiza con respecto a la atención a las condiciones objetivas. Disputando con una mirada centrada en el cambio tecnológico, Thompson enfatizaría su foco de análisis en las relaciones sociales de producción y explotación de clase –de pensar el “industrialismo” a pensar el “capitalismo”– (10); viraje que implica no sólo un innovación teórica –desde un punto de vista claramente marxista–, sino también ideológica –ningún sistema fabril supuestamente “neutral” creó una clase social de la nada–.

“La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en la que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria” (11). A partir de esto, Thompson intenta dar cuenta de las transformaciones del “sistema de necesidades y expectativas” de los sectores populares en torno a su dieta, al uso del tiempo libre, a las regulaciones del tiempo de trabajo (orientadas al reloj o a la actividad), a las condiciones de hacinamiento, a sus condiciones de salud, y en general, a la configuración de una *situación de clase* que va dando lugar a *condiciones* de experiencias comunes.

Cada etapa de diferenciación y especialización industrial afectó también a la economía familiar, alterando las relaciones tradicionales entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos, y estableciendo una diferencia más aguda entre “trabajo” y “vida” (12).

Pero como antes habíamos planteado, estas condiciones estructurales son el punto inicial del análisis, para llegar a una comprensión histórica de las experiencias subjetivas como “precipitado” de las transformaciones estructurales (13). El argumento de Thompson tiende a encontrar la formación de la clase obrera en Inglaterra entre finales del siglo XVIII y principios del XIX en la medida en que en esta época aparece una conciencia [en términos de experiencia unificadora] que genera una común percepción de la “Revolución Industrial como Catástrofe”. Pero además, una *conciencia de sí mismos* basada en valores colectivistas y en un “leguaje del hombre social”, que distingue, de acuerdo con el autor, a la *clase obrera* del siglo XIX de la *multitud* (la de los motines) del siglo XVIII (14).

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de “la clase obrera”. Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. [...] La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril (15).

Nuestra remisión al contexto de disputa teórica con el estructuralismo tenía como objetivo presentar el terreno sobre el cual se construiría esta noción de *experiencia* que reintroduce la dimensión de la práctica, la conciencia y la cultura en el desentrañamiento de la explicación del “cómo” surten efecto las “presiones estructurales”. La respuesta a esta

fundamental pregunta no puede establecerse a priori, sino que debe ser abordada por medio de la investigación histórica. No por esto la *experiencia* deja de constituirse materialmente ni de estructurarse de manera clasista, pero a la vez es “elaborada” en prácticas concretas y a partir de coordenadas morales particulares. Pero nuevamente urge aclarar: esta remisión a la “cuestión de los valores” no implica una vuelta a problemas de pensamiento idealista, sino al análisis de la forma en la que estos valores *son vividos*, experimentados, y a veces sufridos.

Y consideramos que, con la “experiencia” y la “cultura”, nos hallamos en un punto de empalme de otra clase. Pues las personas no sólo viven su propia experiencia bajo forma de ideas, en el marco del pensamiento y sus procedimientos, o –según suponen algunos prácticos teóricos– como instinto proletario, etcétera. También viven su propia experiencia como sentimiento, y elaboran sus sentimientos en las coordenadas de su cultura, en tanto que normas, obligaciones y reciprocidades familiares y de parentesco, valores o –mediante formas más elaboradas– como experiencias artísticas o creencias religiosas. Esta mitad de la cultura (que constituye una buena mitad del conjunto de lo cultural) puede denominarse conciencia afectiva y moral (16).

Esta perspectiva se concreta en los estudios de Thompson, por un lado, en su abordaje de la formación de la clase obrera; y por otro, en su análisis de los motines de la multitud: entonces, ¿cuáles son las condiciones objetivas en las que viven los sujetos de las clases trabajadoras de principios de siglo XIX? A grandes rasgos, el autor reconstruye un panorama signado por el aumento de la tasa de natalidad y la baja de la tasa de mortalidad; la sustitución del pan y la avena por las patatas en la dieta obrera; una profundización del trabajo infantil a destajo a partir de la especialización económica capitalista; disciplinamiento y regulación del tiempo de los trabajadores, sumado a una reconfiguración de las relaciones patrón-trabajador, vueltas más estrictas y menos personales; progresiva separación entre los mundos del “trabajo” y la “vida”, sumado a una mayor regulación de esta última como “tiempo de ocio”, etcétera. “Está claro que entre 1780 y 1830 tuvieron lugar cambios importantes. El obrero “medio” inglés se volvió más disciplinado, más sujeto al ritmo productivo “del reloj”, más reservado y metódico, menos violento y menos espontáneo” (17).

Este mismo proceso de despersonalización y disciplinamiento penetra, según el autor, no sólo el ámbito laboral sino también la lógica de regulación de los mecanismos de control social, siendo que, por ejemplo:

La ley [negra] anunció la prolongada decadencia de la eficiencia de los viejos métodos de control de clase y disciplina y su reemplazo por un recurso ordinario de autoridad: un ejemplo del terror. En lugar de postes de azotes y el potro de tortura, de los controles del *manor* y las corporaciones y el maltrato físico a los vagabundos, los economistas abogaban por la disciplina de los salarios bajos y el hambre, y los abogados defendían la pena de muerte. Ambos indicaban la creciente despersonalización en la mediación de las relaciones de clase y un cambio, no tanto de los “hechos” del crimen como en la categoría “crimen” propiamente dicha, tal como la definían los propietarios (18).

Ahora bien, todo este proceso de “racionalización de la producción” [adaptación de la producción a la racionalidad capitalista] que el autor se esfuerza en reconstruir, no se piensa como un proceso “total” con plena eficacia. Thompson se destaca por recuperar siempre

aquellas prácticas de resistencia que rompen con el continuo del avance cultural de la doctrina de la economía política y del liberalismo. En el caso del trabajo infantil, por ejemplo, si bien este se extiende en varias actividades, existen ciertas expectativas morales en torno al “modo humano en que los niños deben ser tratados”; valores y normas [coordinadas] puestas en práctica al momento de sancionar las acciones de aquellos que las vulneran (patrones que golpean a los niños en el trabajo, por ejemplo) (19).

Otro ejemplo es el citado por Thompson en relación con la “actividad negra” en los bosques de Inglaterra:

Los habitantes del bosque rara vez manipulaban dinero; no iban a comprarle carne al carnicero. Sus enfrentamientos con los guardabosques eran tan implacables porque no buscaban el lujo sino simplemente un medio de subsistencia.

Pero esta subsistencia dependía a su vez de la supervivencia de derechos de uso precapitalistas sobre la tierra, y de alguna forma de organización social (como los viejos tribunales forestales y los *Verderers* y Vigilantes) que permitiera reconciliar los reclamos conflictivos de derechos de uso sobre la misma tierra o la misma madera. A falta de esas formas, por más inequitativo que fuera su funcionamiento, los que se encontraban en los estratos más bajos de la jerarquía sólo podían defender sus reclamos furtivamente o por la fuerza (20).

Asimismo, los intentos de regular la diversión de los sectores populares encontraron una serie de resistencias (por ejemplo, en los sectores liberales antiintervencionistas del parlamento) e incluso de prácticas de escamoteo que remiten a continuidades de las tradiciones culturales de los sectores populares (de formaciones precapitalistas y capitalistas).

Y sobre estas “tradiciones” es que la formación de centros industriales ejerce una gran violencia, en pos de la transformación del “artesano del pueblo” en “obrero industrial”.

El principio teórico y metodológico básico de todo proyecto histórico de Thompson es que las determinaciones objetivas –la transformación de las relaciones de producción y las condiciones laborales– nunca se imponen sobre “cierta materia prima indiferenciada de la humanidad”, sino sobre los seres históricos, los portadores de los legados históricos, las tradiciones y los valores (21).

En este sentido, las tensiones y resistencias se van acomodando a medida que va avanzando el proceso de constitución de la formación social capitalista: la persistencia de “San Lunes”, la reserva por parte de los industriales del lunes como día para arreglar las máquinas, y la posterior lucha del movimiento obrero por la jornada laboral pueden analizarse desde el punto de vista de la lucha de clases en torno a la regulación del “tiempo”.

Otro momento en que podemos encontrar claramente el modo de operar de las nociones de Thompson es en su análisis de la “economía moral de la multitud”. En una crítica a la historiografía que explicaba en términos de “rebelión del hambre” o “revuelta espasmódica” los motines del siglo XVIII en épocas de escasez (como respuesta a los estímulos económicos), el autor recupera la dimensión activa de las prácticas de “la multitud” en tanto que, fundadas en un cuerpo de costumbres (“fondo de recursos diversos”) en torno a contenidos normativos adjudicados al proceso de formación de precios (una “economía moral” fuertemente vinculada

al “paternalismo” aristocrático). Esta visión se basaría en un consenso comunitario en pos de la defensa de los derechos y las costumbres tradicionales y en un cuestionamiento acerca de la legitimidad de las prácticas de intercambio y comercialización, fundamentalmente, de alimentos.

Thompson basa su análisis en el alto grado de organización de los saqueos a los mercados, en la ausencia de “robo” (los granos quitados a sus “dueños” son luego abonados de acuerdo con los precios que la multitud considera legítimos), en la función del “castigo” a los propietarios, etcétera.

Fue este movimiento extraordinariamente disciplinado y a gran escala. Pero el relato nos lleva a observar características que se encuentran repetidamente. Así, el movimiento de la multitud desde el mercado hacia los molinos y de allí (como el Book of orders) a las fincas, donde se inspeccionaban las existencias y se ordenaba a los agricultores enviar al grano al mercado al precio dictado por la multitud: todo esto se encuentra habitualmente.

[...] Lo notable es la moderación, más que el desorden. Y no cabe la menor duda de que estas acciones eran aprobadas por un consenso popular abrumador; se siente la profunda convicción de que los precios deben ser regulados en épocas de escasez, y de que los explotadores se excluyen a sí mismos de la sociedad (22).

Thompson piensa en procesos materiales-culturales en términos fuertemente dialécticos, en cierta forma, “ambivalentes”, conflictivos y signados siempre por la historia: sólo en ella puede resolverse el estudio de *cómo* se dan en realidad las tensiones entre presiones estructurales y prácticas de resistencia. Una clara formulación de este modo de pensamiento es la idea que el autor define en la introducción a su libro *Costumbres en común*: la de que la cultura de los sectores populares a finales del siglo XVIII puede ser, *a la vez*, “conservadora” (basada en la continuidad de usos, costumbres y tradiciones arraigadas) y “rebelde” (en la medida en que cuestiona la moral propia de la economía política en relación con la legitimidad de un orden moral en donde la especulación en torno a los alimentos aparece como éticamente reprobable).

4. Historia, práctica y conflicto

La idea que atraviesa el análisis de los motines del siglo XVIII constituye un núcleo fundamental de lo que consideramos en un primer momento como una “ruptura” necesaria para el estudio de lo popular. El análisis que presentamos en páginas anteriores sobre la economía moral de la multitud, produce dos consecuencias teóricas al momento de pensar las prácticas sociales:

- 1) Renegar de la explicación espasmódica de las revueltas campesinas por el aumento de los precios de los granos y el pan implicó, para el autor, reconocer los “modelos de acción heredados”, los elementos conscientes y políticos que sustentaban “matrices culturales” en torno a las cuales podría comprenderse el accionar de la multitud en tanto conjunto de prácticas dotadas de “sentido” y “entidad simbólica”.
- 2) En el mismo acto, Thompson pone en evidencia la contracara del proceso: si estos motines se resistían a reconocer como válida una forma histórica por entonces

“emergente” de regular el trabajo, la vida, y los precios de los alimentos, se resistían a su vez al proceso de imposición de la economía política, que, mal que le pese a sus teóricos, también constituía un tipo particular de simbolismo: una “moral capitalista”.

En este sentido el autor logra dar cuenta de un proceso de lucha y disputa que se ubica, a la vez, en el terreno de la “moral” y de la “economía”. Pero estas dos esferas no pueden pensarse por separado. En la historización realizada por Thompson, el avance de las relaciones de producción capitalistas implica, necesariamente, no sólo procesos de expropiación material, sino, también, de imposición y violencia sobre prácticas y valores tradicionalmente instituidos.

Mientras tanto las vigas del techo que cobijaba su economía práctica eran carcomidas, por el dinero y por la ley, sobre sus cabezas. En el transcurso del siglo XVIII, sucesivas decisiones legales fueron indicando que los abogados se habían convertido a la ideología de la propiedad privada absoluta y que (allí donde hubiera la menor duda) la ley aborrecía la enmarañada complejidad de los derechos de uso concurrentes. Y los modos capitalistas transmutaban cargos, derechos y prerrogativas en sumas de dinero constante y sonante, ya que podían ser comprados y vendidos como cualquier otro bien (23).

La lucha de los sectores populares por el precio del pan no es una lucha “meramente económica”, sino que constituye una disputa por establecer *qué es* y *qué no es* legítimamente regulable por el mercado y la especulación, en torno a las funciones económicas y a las normas y los valores de la comunidad.

Un síntoma de su final desaparición es que hayamos podido aceptar durante tanto tiempo un cuadro abreviado “economicista” del motín de subsistencias, como respuesta directa, espasmódica e irracional al hambre; un cuadro que es en sí mismo un producto de la economía política que redujo las reciprocidades humanas al nexo salarial (24).

La incisiva pregunta que insinúa Thompson, poniendo en evidencia este vínculo intrínseco entre economía y cultura es: ¿por qué debiera sorprendernos que en determinada formación socio-histórica se considerara ilegítimo especular con el hambre del pueblo? Esta forma de concebir los procesos sociales establece un elemento de contacto importante con los desarrollos de otro teórico inglés de la cultura. Como sostienen Romero y Gutiérrez:

La percepción de los elementos materiales implícitos en los procesos culturales, y de los elementos simbólicos que necesariamente informan los procesos sociales, el estudio de las interacciones y las influencias recíprocas, lleva en un extremo a Raymond Williams a hablar de un proceso social único y de la inescindibilidad de sus dos dimensiones material y simbólica (25).

En una línea de continuidad con los desplazamientos críticos del autor con respecto a las versiones más esquemáticas del marxismo, las investigaciones de Thompson aportan una manera de trabajo con el material empírico que muestra, en acto, esta idea de un proceso social material-simbólico único. Si uno adhiere a diagnósticos de la contemporaneidad (por ejemplo, lo sostenido por Fredric Jameson) como un orden social en el que la cultura ha

adquirido, más que nunca, una función estructural en la economía, los desarrollos del autor aquí trabajado muestran un modo de trabajo que 1) si bien puede distinguir analíticamente “esferas”, no las elabora en la investigación empírica como mera “sucesión” de datos, dimensiones, acontecimientos, etcétera; y 2) en este sentido, habilita modos de abordaje que permiten pensar tanto la *materialidad* de las prácticas culturales, como la *moralidad* de las prácticas económicas.

Este instrumental, sumado a una reconstrucción histórica importante, aparece como fundamental para desentrañar los “mecanismos” y los valores que en la actualidad sostienen la regulación de buena parte de los intercambios materiales, de la organización de lo social y de la legitimación de lo político que, por ya no estar instalada con tanta fuerza la disputa moral (por ejemplo, sobre si es válido o no especular con el alimento), parecen haberse *naturalizado*.

Por su parte, las herramientas que van construyéndose en el pensamiento de Thompson habilitan una forma de acceso a lo popular en tanto que formación social inserta en procesos culturales de carácter *conflictivo* y *ambivalente*. A nivel metodológico, el autor trabaja con dos recaudos básicos que consideramos fundamentales para este tipo de construcción de conocimiento: 1) el lugar central de la *historia* en el abordaje de la eficacia relativa de las presiones estructurales en contextos particulares; 1`) referido al mismo criterio, la necesidad de un estudio de *lo popular situado históricamente*, con límites y fronteras no definidas a priori, no definidas en abstracto, no sustancializadas; y 2) la comprensión de los procesos de producción y reproducción social y simbólica siempre signados por la *complejidad*, esto es, por el necesario carácter activo y recursivo de las prácticas sociales, incluso las de los dominados.

En este sentido, la historia del capitalismo aparece como un proceso de luchas, violencias ejercidas y rupturas sobre las tradiciones de los sectores populares a fin de disciplinarlos y disponerlos en torno a la producción capitalista. Sin embargo, teniendo en cuenta 1) la continuidad de tradiciones en el campo popular; 2) cierta autonomía de constitución de la subjetividad popular (“la clase obrera participa en su propia formación”); 3) la disponibilidad de recursos en esa sedimentación cultural que constituían, por ejemplo, las costumbres y los usos de los sectores populares; y 4) la posibilidad de resistencia material-simbólica con respecto al avance de la formación capitalista; estos procesos de dominación social y simbólica ya no pueden pensarse como una marcha continua y unívoca de la historia.

En este punto, la tradición gramsciana de la que participa Thompson resulta central. O mejor, la particular interpretación de la noción de *Hegemonía*, no siempre nombrada, pero al parecer aplicada en sus estudios. Para el autor resultaría fundamental romper con la idea de “procesos totales”, de “manipulación”, o de “incorporación a-problemática”, para pensar la manera en que las significaciones, impuestas por relaciones de dominación y subordinación, son vividas y experimentadas desde coordenadas sociales y morales particulares. Esto constituye parte del proceso hegemónico y no debiera olvidarse. La formulación de Raymond Williams parece tener fuertes puntos de contacto con su concepción.

La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas

que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un vívido sistema de significados y valores –fundamentales y constitutivos– que en la medida en que son experimentados como prácticas parece confirmarse recíprocamente. [...] Es decir que en el sentido más firme, es una “cultura”, pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de clases particulares (26).

Otro punto de contacto con este autor aparece en cierta concepción de “interrelación dinámica de las temporalidades” de las cristalizaciones o elementos culturales. Pensando en el ejemplo ya desarrollado acerca de la “economía moral de la multitud”, elementos aparentemente “residuales” en una formación social que avanzaba evidentemente hacia una consolidación de las relaciones capitalistas, se reactualizan como recursividad para la acción directa de la multitud.

La costumbre en definitiva no puede ser entendida como una “ritualidad” que acerca una realidad más o menos construida. Más bien es una suerte de competencia sobre el mundo, una capacidad progresiva.

[...] Lo que está haciendo [Thompson] es tratar de llevar los conceptos como costumbre a su verdadera función –en este caso, como una herramienta popular (clase que no hay que verla como inocente o pasiva frente a la derrota; o mejor, derrota cuyos alcances no conocemos y que relativizan esa misma calificación) – y comprender procesos que están recubiertos por el mismo uso de la palabra que los nombra (27).

Las herramientas teórico-metodológicas desarrolladas en la obra del autor abren una perspectiva crítica de abordaje de lo popular. La apariencia del orden sociocultural contemporáneo se podría traducir –sin pretender exhaustividad–, por lo menos, en dos ideas fuerza: 1) el aspecto de proceso dominante al cual no se le opondrían proyectos contrahegemónicos o contraculturales de envergadura; y 2) la tan mentada “desaparición de las fronteras” que haría huir una noción de *lo popular* accesible a la investigación social (exorcizada en su momento a partir del concepto de “hibridez”).

A riesgo de parecer esquemáticos, la propuesta de Thompson parece trabajar con tres momentos que se interrelacionan a partir de una serie de mediaciones: la “situación de clase”, la “experiencia social de clase”, y la “conciencia, la moral y la cultura”. Creemos que es importante recuperar los momentos de este esquema para pensar las prácticas de los sectores populares en el orden social contemporáneo con el objeto de comprender simultáneamente las relaciones de dominación, su complejidad (marchas y contramarchas), las formas diferenciales de recepción y uso de las cristalizaciones culturales, y el lugar de posibles resistencias a los procesos dominantes. Pero, fundamentalmente, consideramos que este esquema debe recuperarse en la medida en que brinda herramientas que se resisten a abandonar el pensamiento sobre lo popular en la contemporaneidad, en la medida en que su definición es relacional, histórica y signada tanto material como simbólicamente. Esto lleva a Romero y Gutierrez a plantear que:

En suma, los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de las sociedad donde se constituyen sujetos. Su existencia es la resultante de procesos, objetivos y subjetivos, que confluyen en una cierta identidad, la que aparece en el

momento en que, de un modo más o menos preciso, puede hablarse de un “nosotros”, sea cual fuera esa identificación (28).

Recapitulando, este reconocimiento de la eficacia de los de abajo, ¿puede leerse en clave de una mirada romántica acerca del mundo de lo popular? ¿Pone en duda la dominación cultural de los valores y la moral del capitalismo? De ninguna manera. El autor encuentra, sin dudas, un nuevo orden de relaciones sociales “irreversible”, “con una explotación más profunda” y vivido como una “catástrofe”; percibe una fuerte transformación de las necesidades, las expectativas y la vida cotidiana de los sectores populares; y reconoce una acción desestructurante sobre elementos tradicionales del campo de lo popular. Pero este avance en la explotación, la despersonalización y en el disciplinamiento no sucedió ni sencillamente, ni unívocamente, ni sin contramarchas. Y en este punto cabría rescatar un aporte fundamental de Thompson para pensar una *función política* de los estudios sobre la cultura popular.

Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al “obsoleto” tejedor manual, al artesano “utópico” e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su utilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus ideales insurreccionales fuesen temerarios. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas (29).

La ruptura con las perspectivas de la manipulación y la pasividad de los sectores populares se vuelve fundamental en un proyecto que *no redoble la derrota de los dominados*, un proyecto que no escriba, sobre su subordinación, una historia que *olvide* las luchas y las resistencias que yacen tras ese proceso de dominación. Un proyecto de abordaje de *lo popular como problema político* actual y urgente.

Notas

- (1) McNally, David, “E. P. Thompson: lucha de clases y materialismo histórico” en *Razón y Revolución*, nº 1, otoño [reedición electrónica], 1995, p. 7.
- (2) Sazbon, José, “Dos caras del marxismo inglés: el intercambio Thompson-Anderson” en *Punto de Vista. Revista de Cultura*, Nº 29, Buenos Aires, abril-junio, 1987, p. 12.
- (3) Thompson, Edward Palmer, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Editorial Crítica, 1981, p. 124.
- (4) Meiksins Wood, Ellen, *Democracia contra Capitalismo*, México DF, Siglo XXI, 2000, p. 96.
- (5) *Ibidem*, p. 97.
- (6) Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Editorial Crítica, 1989, p. XIII.
- (7) *Ibidem*, pp. XIII-XIV.
- (8) Meiksins Wood, Ellen, *Democracia contra Capitalismo*, óp. cit., p. 112.
- (9) Meiksins Wood, Ellen, “El concepto de clase en E. P. Thompson” en *Cuadernos Políticos*, nº 36, México DF, Ediciones Era, abril-junio, 1983.
- (10) Meiksins Wood, Ellen, *Democracia contra Capitalismo*, óp. cit., p.107.

- (11) Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, óp. cit., p. XIV.
- (12) Ibídem, p. 462.
- (13) Meiksins Wood, Ellen, “El concepto de clase en E. P. Thompson”, óp. cit., s/d.
- (14) Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, óp. cit., p. 471.
- (15) Ibídem, p. 203.
- (16) Thompson, Edward Palmer, *Miseria de la teoría*, óp. cit., p. 263.
- (17) Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, óp. cit., p. 457.
- (18) Thompson, Edward Palmer, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2010, p. 222.
- (19) Thompson, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, óp. cit. p. 375.
- (20) Thompson, Edward Palmer, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*, óp. cit., p. 259.
- (21) Meiksins Wood, Ellen, *Democracia contra Capitalismo*, óp. cit., p. 109.
- (22) Thompson, Edward Palmer, *Costumbres en común*, Barcelona, Editorial Crítica-Grijalbo Mondadori, 1991, pp. 259-260.
- (23) Thompson, Edward Palmer, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*, óp. cit., p. 260.
- (24) Thompson, Edward Palmer, *Costumbres en común*, óp. cit., p. 293.
- (25) Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2007, pp. 30-31.
- (26) Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997, pp. 131-132.
- (27) Zubieta, Ana María y otros, *Cultura popular y cultura de masas: conceptos, recorridos y polémicas*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 184.
- (28) Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto, óp. cit., p. 41.
- (29) Thompson, Edward Palmer, *Costumbres en común*, óp. cit., p. XVII.

Bibliografía

- GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2007.
- McNALLY, David, “E. P. Thompson: lucha de clases y materialismo histórico” en *Razón y Revolución*, nº 1, otoño [reedición electrónica], 1995.
- MEIKSINS WOOD, Ellen, *Democracia contra Capitalismo*, México DF, Siglo XXI, 2000.
- MEIKSINS WOOD, Ellen, “El concepto de clase en E. P. Thompson” en *Cuadernos Políticos*, nº 36, México DF, Ediciones Era, abril-junio, 1983.
- SAZBON, José, “Dos caras del marxismo inglés: el intercambio Thompson-Anderson” en *Punto de Vista. Revista de Cultura*, Nº 29, Buenos Aires, abril-junio, 1987.
- THOMPSON, Edward Palmer, *Miseria de la teoría*, Barcelona, Editorial Crítica, 1981.
- THOMPSON, Edward Palmer, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Editorial Crítica, 1989.
- THOMPSON, Edward Palmer, *Costumbres en común*, Barcelona, Editorial Crítica-Grijalbo Mondadori, 1991.
- THOMPSON, Edward Palmer, *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2010.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997.

ZUBIETA, Ana María y otros, *Cultura popular y cultura de masas: conceptos, recorridos y polémicas*, Barcelona, Paidós, 2000.